

CAPÍTULO IV

El año jubilar de 1475. Principio de los trabajos de embellecimiento de Roma. El rey Ferrante con Sixto IV.—Pérdida de Kaffa y guerra contra los turcos.

Ya á 26 de Marzo de 1472 había confirmado Sixto IV el ordenamiento de su predecesor, de que en adelante se celebrara el jubileo cada veinticinco años; y otra bula de 29 de Agosto de 1473, introdujo una novedad, suprimiendo todas las demás indulgencias plenarias, por todo el tiempo que durase el jubileo (1). En la misma Roma comenzó desde luego el Papa grandes trabajos de embellecimiento, íntimamente relacionados con las fiestas que se aproximaban. «Desde el otoño de 1474, refiere Platina, se consagró enteramente Sixto IV al embellecimiento de Roma. El puente, que hacía mucho tiempo estaba destrozado, y había recibido de los romanos, por esta causa, el nombre de Ponte Rotto, lo restableció desde los fundamentos con sillares de piedra de Tivoli, empleando gran trabajo y sumas importantes, para mayor comodidad del pueblo romano y de la muchedumbre de extranjeros que habían de venir para el jubileo; y no sin razón mandó que, de su nombre, se llamara en adelante Ponte Sixto; obra verdaderamente digna de un príncipe, cuando se considera que ningún Papa antes de él se había atrevido á emprenderla. Según mi opinión, continúa Plati-

(1) Raynald 1472 n. 60. Manni 76. Zeitschr. für kathol. Theol. XXIV, 177, XXV, 382 s. Probablemente con ocasión del jubileo de 1475, escribió Juan de Wesel su tratado sobre las indulgencias, v. Paulus en el Katholik 1898, I, 53 s. y Zeitschr. für kathol. Theol. XXIV, 644 s.

na, se hizo esto en primer término, por el deseo de prevenir que las multitudes de peregrinos que habían de venir, pudieran quedar oprimidas por una detención cualquiera, de la manera que había sucedido en el puente de Sant-Angelo en tiempo de Nicolao V, como ya lo dejó referido» (1).

Los trabajos para la construcción de este puente comenzaron, según el testimonio de Infessura, ya en la primavera de 1473, y á 29 de Abril de dicho año, tuvo lugar la colocación de la primera piedra. El Papa se dirigió á la ribera con los cardenales y muchos prelados; bajó al río, y estando en una lancha, sumergió en los cimientos de la obra un cubo de piedra con la inscripción: «Construido por el Papa Sixto IV, en el año de nuestra salud de 1473» (2). Dos años después estaba la obra terminada, de suerte que, aquel puente, no hermoso, pero extraordinariamente sólido y duradero, pudo ser utilizado por los peregrinos en el Año Santo (3). Dos tablas de mármol con inscripciones, dieron, durante muchos siglos, noticia de la solicitud de Sixto IV en favor de los peregrinos del Año jubilar (4).

Otra obra importante, con que se atendió á una de las necesidades de la vida de Roma, llegó asimismo á su terminación en el año del jubileo. Desde 1472 se había trabajado en restablecer la conducción, casi inutilizada, del Acqua Virgo, la cual fué continuada desde el Quirinal hasta la fontana Trevi (5). El adorno arquitectónico de su derrame fué ejecutado por Antonio Lori, de Florencia, y Jácome de Ferrara; y en este punto se manifestó claramente que Sixto IV se consideraba como continuador de los

(1) Platina, Sixtus IV, 1064. Este pasaje es importante, porque de él resulta que por entonces Platina había ya terminado su Vita Nicolai V, y porque es un argumento más para probar que la Vita Sixti IV publicada por Muratori, en realidad de verdad tiene por autor á Platina. Cf. sobre esto también adelante cap. XII. Según Platina, el comienzo de los trabajos de Roma coincide con la vuelta de Alemania del cardenal Barbo, es decir, con los últimos días de Octubre de 1474; v. arriba p. 203, not. 5, la noticia tomada de las *Acta consist. del *Archivo secreto pontificio*.

(2) Infessura 1143 (ed. Tommasini 76). Cf. Bonanni 101 y Armand III, 180.

(3) Vasari (IV, 136) llama falsamente arquitecto de este puente á Baccio Pontelli; v. Müntz III, 201; Schmarsow 32.

(4) La época moderna, que no respeta nada, ha hecho desaparecer también estos monumentos conmemorativos. Se hallan ahora en el Museo municipal al Celio (Orto botanico). Lanciani, The ruins 26. El texto de las inscripciones v. en Reumont III, 1, 533 y Forcella XIII, 54.

(5) Platina 1064. Cf. Müntz III, 174 s.

esfuerzos de su gran predecesor y compatriota: frente a la inscripción de Nicolao V, se puso la de Sixto IV (1).

Fué extraordinariamente grande y comprensiva la actividad de Sixto IV en favor de las iglesias y santuarios de la Ciudad eterna, que en realidad constituían para los peregrinos el propio término de su romería. Hizo limpiar la iglesia de San Pedro y procuró darle mejor luz, colocando en ella ventanas de mármol con vidrieras; y se previno el derrumbamiento que amenazaba por el lado izquierdo, por medio de una construcción adyacente. También se limpió por mandato del Papa la basílica de Letrán, y se puso pavimento en las naves laterales, que asimismo se hermosearon (2). Por el mismo tiempo se restauró el palacio Vaticano, y aquel caballo de bronce que, menoscabado por la antigüedad, estaba próximo á su ruina, con su caballero Marco Aurelio Antonino, fué restaurado y colocado en un poderoso basamento de mármol, adornado con insignias, enfrente de Letrán. Otras obras de embellecimiento se emprendieron en los Santos Apóstoles, y tampoco se descuidó la restauración de gran número de pequeñas iglesias, que ya entonces eran en Roma muy numerosas. Muchas inscripciones con el nombre y las armas del Papa Róvere, de las cuales se ha conservado hasta ahora un gran número, á pesar de las mudanzas y reconstrucciones (3), dan testimonio de esta laudable actividad. Y no hay exageración en lo que escribe Segismundo de' Conti: que en toda la Ciudad hubo apenas una capilla, que el Papa no hiciera restaurar en el año del jubileo (4). Varias iglesias y monasterios fueron construídos enteramente de nuevo; en San Cosimato, en el Trastévere, donde estaba enterrada la hermana del Papa, hizo que Antonio de Viterbo pintara una Madonna con los santos Francisco y Clara (5).

(1) Schmarsow 33. Fea, Storia della Acque, Roma 1832, 16 y el poema citado en la pág. 188 n. 1, que se halla en la *Bibl. del palacio de Viena*, 2403, f. 10.

(2) Platina, Sixtus IV, 1064. Schmarsow 34. Rohault 254. Steinmann 102. Mariotti, Il Laterano e l'ordine Franciscano, Roma, 1893, 105 s.

(3) En una casa que hay á la entrada de la Via Alessandrina, junto al Foro Trajano, se ve colocado en la pared un hermoso escudo de Sixto IV.

(4) Müntz III, 154 ss. Schmarsow 35. Steinmann 23 s. El pasaje de Sigismundo de' Conti está en el tomo I, p. 205. Cf. Albertini 19; además Forcella VII, 301, IX, 263, 345, 531, X, 35, 219, 221, 319, 322, 323; Armellini 112, 133, 199, 245, 260, 577, 593.

(5) Sobre este fresco, que todavía se conserva bastante bien, v. Steinmann, Antonio da Viterbo, München 1901.

Con el Papa emulaban los cardenales en la solicitud por los santuarios de la Ciudad. «Cúmplese la antigua sentencia, de que los pueblos imitan las inclinaciones de los príncipes, escribía Platina en 1474; pues en todas partes de la Ciudad se edifica tanto, que, si Dios da vida al Papa Sixto, en poco tiempo vendrá á adquirir una nueva forma.» Guiado por estos ejemplos, Guillermo de Estouteville, cardenal arzobispo de Ostia, cubrió con bóvedas las naves laterales de la basílica de Santa María ad Praesepe, que ahora se llama Santa María la Mayor, y la adornó de manera, que no podía verse cosa más digna (1).

Otra obra de importancia, cuyo comienzo coincidió con los primeros tiempos de Sixto IV, fué la renovación, ordenada por el Papa, del ruinoso hospital de S. Spirito; en cuya restauración se tuvo principalmente la mira en los peregrinos que habían de acudir al jubileo (2). De qué suerte anduviera solícito el Papa por los piadosos romeros, lo muestra, entre otras cosas, su exhortación dirigida á las Potencias italianas, para que cuidaran de que los caminos estuviesen en buenas condiciones y seguros, tuvieran dispuestas un número suficiente de posadas, y no cargaran á los peregrinos con impuestos (3).

Es también muestra de solicitud en favor de los peregrinos que se esperaban, el haber determinado Sixto IV volver á emprender «el programa de mejoramiento de las calles, que en otro tiempo había tenido en mientes el Papa amigo de León Battista Alberti» (4). Se ha conservado un breve de 14 de Diciembre de 1473, dirigido al comisario pontificio Jerónimo de' Giganti, en el cual se dice: «Entre otros innumerables cuidados, hemos de tomar con grande empeño la limpieza y embellecimiento de nuestra Ciudad; pues, si otra alguna en el mundo debe ser limpia y bella, esto corresponde principalmente á la que es cabeza de todo el orbe de la tierra, y obtiene el principado sobre todas las demás por la Silla

(1) Platina, Sixtus IV, 1064. Schmarsow 36. Paulus de Angelis, Bas. Mar. Mag. descriptio, Romae 1621, 44 y 52.

(2) Sobre este punto, véanse más pormenores adelante en el cap. XII. En 1475, se puso también la primera piedra de la iglesia construída al lado del hospicio del Campo Santo al Vaticano; v. de Waal, National-Stiftungen des deutschen Volkes in Rom, Frankfurt 1880, 11.

(3) ** Breve á Florencia, fechado en Roma el 25 de Noviembre de 1474. *Archivo público de Florencia*, X-II-25, f. 78-78^b. Cf. además Martène II, 1476 y Pezzana III, 367.

(4) Schmarsow 33.

de San Pedro. Considerando, pues, que por negligencia de aquellos á quienes estaba encomendado cuidar de la reparación de las calles, en muchas partes las vías de comunicación son feas y sucias, te mandamos que en adelante dediques totalmente tu atención principal á la reparación de las calles» (1). En el mismo año de 1474, comenzó el empedrado de las calles desde el puente de Sant-Angelo hasta el Vaticano, y luego se empedraron con adoquines las otras principales vías, y se restauró el camino desde el Monte Mario hacia el Borgo. También los muros y puertas de la Ciudad fueron objeto de una restauración (2).

Al principio del Año jubilar, apareció la famosa bula «que tenía por principal pensamiento, anunciar la casi renovación de Roma». La misma empieza, pues, con estas palabras: «Si es obligación nuestra consagrar nuestra solicitud á todas las ciudades del Estado de la Iglesia, esto tiene principalmente lugar respecto de nuestra Capital, santificada con la sangre de los Príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo; pues, como ciudad sacerdotal y nuestra hija especialmente amada, merece la preferencia sobre todas las otras. Desgraciadamente, por efecto de varias calamidades, ha perdido gran parte de sus moradores y edificios; por lo cual es nuestro deseo que se aumente el número de su población, y que sus construcciones sean reparadas digna y hermosamente, y que, en general, se la provea de medios acomodados para sus necesidades.» A todos los que contribuyeren á esto, se les aseguran considerables ventajas en las condiciones de su posesión (3).

Como es fácil comprender, la realización de tan justificados deseos del Papa tropezó con eficaces contradicciones; pues era menester abrir camino á la nueva disposición de las calles, por en medio de las propiedades privadas, y entre la maraña de edificios que estrechaban con sus balcones, pórticos y otras construcciones, las angostas é irregulares calles de la ciudad medioeval. Principalmente algunos barones orgullosos, rehusaron tercamente toda avenencia, no estando acostumbrados á sacrificar al bien público sus caprichos y particulares comodidades. A consecuencia de esto, la obra del embellecimiento de la Ciudad no pudo adelantar sino muy lenta y gradualmente; y la culpa de todo la atribu-

(1) Müntz III, 179-180.

(2) Schmarsow loc. cit.

(3) Theiner, Cod. dipl. III, 480-481. Müntz III, 180-181. Schmarsow 34.

ieron los romanos á Ferrante, por más que éste no pudiera haber hecho, á lo sumo, sino confirmar al Papa en un propósito, que había ya formado antes de la visita de aquel monarca (1).

En Diciembre de 1474 se había hablado del viaje á Roma del soberano de Nápoles (2), resuelto por motivos, no religiosos sino políticos. Las relaciones de Ferrante con Sixto IV se habían hecho más íntimas, principalmente por efecto de la Liga de 2 de Noviembre de 1474, que llenó á entrambos de motivada solicitud. Una conferencia personal debía, pues, determinar qué actitud habría de tomarse respecto de aquella nueva constelación.

El recibimiento que se dispensó al Monarca napolitano, fué el más honroso que pensarse pueda. En Tarracina, en las fronteras del Estado de la Iglesia, le dieron la bienvenida los dos más distinguidos cardenales: Rodrigo de Borja y Juliano della Róvere (3); y á su llegada á Roma, á 28 de Enero (4) de 1475, le salieron al encuentro todos los cardenales hasta la puerta de San Giovanni. El Papa recibió á Ferrante en un consistorio solemne y le condujo después á sus aposentos particulares, para tener con él una conferencia secreta. Naturalmente, no faltaron magníficas fiestas. Con todo esto, el Rey y su brillante comitiva permanecieron en Roma sólo tres días; y se notó que los muchos halcones que habían

(1) Schmarsw 170 interpreta, y por cierto exactamente, la conocida narración de Infessura, en este sentido, que el rey dijo al Papa, que no sería éste dueño de la ciudad, mientras subsistiesen los pórticos, saledizos, balcones, etc. y las calles permaneciesen tan estrechas.

(2) *Despacho del cardenal Gonzaga, fechado en Roma el 18 de Diciembre de 1474. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Según una *carta del card. Gonzaga, fechada en Roma el 24 de Dic. de 1474, que se conserva en el mismo Archivo, se esperaba la visita de Ferrante para el 20 de Enero de 1475. El 2 de Enero de 1475, anuncia el cardenal, que el rey partirá de Nápoles el 7 ú 8 del mismo mes.

(3) Salieron estos de Roma el 14 de Enero; v. la *Carta de J. P. Arrivabenus, fechada en Roma el 17 de Enero de 1475. *Archivo Gonzaga*. Cf. también Notar Giacomo 128.

(4) No el 6 de Enero de 1475, como indica Reumont (III, 1, 169), siguiendo al inexacto Infessura (1144; ed. Tommasini 79); ni tampoco el 4 de Febrero, como dice A. de Tummullis (213); v. Cron. Rom. 35 (donde en vez de 1476 hay que leer ciertamente 1475), Summonte III, 490 y el *Despacho de J. P. Arrivabenus, fechado en Roma el 29 de Enero de 1475: *Heri introe in Roma la M^a del Re al qual tuti li cardinali andorono contra un puocho fuora de la porta de S. Janni.» *Archivo Gonzaga*. La descripción de la entrada de Fernando, que ha hecho Giovanni Santi en su Crónica rimada de Urbino, adolece, según Müntz III, 279, de inexactitud.

traído consigo, limpiaron de lechuzas toda la Ciudad y sus alrededores, según lo refiere Infessura.

El Rey y el Papa se ofrecieron mutuamente ricos presentes, y asimismo hizo Ferrante regalos á las autoridades é iglesias de Roma (1). Cuando á 1 de Febrero salió de la Ciudad eterna, le escoltó de nuevo todo el Sacro Colegio hasta la Porta S. Paolo, y cuatro cardenales siguieron acompañándole hasta San Pablo, donde el Rey oyó la misa, para dirigirse después á Marino. Borja y Juliano della Róvere se hallaron también esta vez en su comitiva (2), y asimismo estaba en ella Federico de Urbino, el cual recibió á la sazón en Grottaferrata la Orden de la Jarretiera, que el rey de Inglaterra le había enviado.

El embajador de Mantua anunciaba, á 8 de Febrero de 1475, que Ferrante había vuelto otra vez á Roma de noche y en secreto; y á 5 de Febrero se esparció el rumor de que el Rey había visitado secretamente al Papa (3). Según la relación de un cronista, el Rey se habría detenido en Roma el 13 y 14 de Febrero (4).

Lo que Ferrante trató con el Papa fué por de pronto un misterio, aun para los más de los cardenales. A 17 de Febrero creyó el cardenal Gonzaga haber por lo menos rastreado algo de ello; pues en dicho día convocó Sixto IV un consistorio, en el cual insistió en que, en vista del peligro de los turcos, era necesario ajustar una tregua general de las Potencias italianas, é imponer el diezmo á los eclesiásticos. Después se manifestó esto mismo á los embajadores que habían sido llamados al consistorio; y en esta coyuntura, sólo el embajador de Nápoles mostró grande inclinación á secundar los deseos del Papa (5). Que también trataran Sixto IV y Ferrante de la conducta que habían de observar

(1) Infessura loc. cit. Notar Giacomo 128-129, donde la entrada de Fernando se retrasa al 25 de Febrero: error que reproduce Reumont, Lorenzo I^o, 262. Cf. Summonte III, 490 y Schmarsow 34.

(2) Así lo cuenta J. P. Arrivabenus en una *Carta, fechada en Roma el 1 de Febrero de 1475. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) *Despachos de J. P. Arrivabenus, fechados en Roma el 5 y 8 de Febrero de 1475. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Cron. Rom. 35 Cf. también A. de Tummullillis 215. La confusión de las fechas así en éste como en otros autores, procede evidentemente de la estancia repetida del rey en Roma.

(5) **Carta del cardenal Gonzaga, fechada en Roma, el 17 de Febrero de 1475. *Archivo Gonzaga*.

respecto de la Liga de 2 de Noviembre de 1474, es ciertamente indudable (1).

La concurrencia de peregrinos para ganar el jubileo, que comenzó el día de Nochebuena de 1474, no correspondió al principio á las exageradas esperanzas de los romanos. Las guerras que había en Francia, Borgoña, Alemania, Hungría, Bolonia, España y otros países, dice el cronista de Viterbo, fueron la causa de que acudiera poca gente; á lo cual se añadía que, por efecto de tristes experiencias, se había disminuido mucho la reverencia á los sacerdotes (2). Una señal consoladora de haberse iniciado mejores sentimientos, fué el fervor con que los cortesanos, tan gravemente difamados, procuraron en la Pascua hacerse partícipes de las gracias del jubileo (3). También entonces aumentó más y más la concurrencia de los peregrinos, calculando un embajador en 200,000 personas, el número de las que se hallaron á la solemne bendición que dió el Papa en la fiesta de la Ascensión (4). Y aun cuando este número es indudablemente exagerado, sin embargo, aquella relación de un testigo ocular nos certifica de que en aquel tiempo había gran número de peregrinos (5).

Que numerosos eclesiásticos y legos alemanes emprendieron, en el «Año áureo», la peregrinación á los sepulcros de los Apóstoles, lo muestran las inscripciones en el libro de la Hermandad del Anima (6).

(1) Cf. Palmerius 258.

(2) Cronica di Viterbo di Giov. di Juzzo 411.

(3) *Questi di sancti (benche la Ex. V. soglia havere male opinione de cortesani se atteso tanto al spirituale et a visitar questi luochi sacri per guadagnare lo iobileo che le cose del mundo erano in tuto mese da canto.* Carta de J. P. Arrivabenus, fechada en Roma, el 1 de Abril de 1475. *Archivo Gonzaga de Mantua*. También Landucci fué á Roma en peregrinación en 1475; v. Diario 14. Jorge Valla quiso ir igualmente; v. Gabotto, Contributo 65 s. Sobre el cuidado que tenían de los peregrinos los cartujos de Santa Cruz de Jerusalén, v. Tromby, IX, 77.

(4) *Carta de J. P. Arrivabenus, fechada en Roma el 5 de Mayo de 1475. En ella se dice más adelante: *Qua concorre gente asai a questo iobileo et più che mai non se haveria veduto.* *Archivo Gonzaga*.

(5) Cf. también el testimonio de A. de Tummullillis 213. V. también Christophani 341.

(6) Lib. confrat. b. Mariae de Anima 25 s., 78, 105, 260. Cf. Neue Mitteilungen des thüring.-sächs. Vereins XV, 1, 115. Sobre el viaje á Roma del obispo de Ratisbona v. Janner III, 274; sobre el del abad de Melk: Keiblinger I, 644 s. Sobre una peregrina de Roma, natural de Górlitz de 1475 v. Graus Kirchensch-